

Juan Rulfo, antropólogo

Juan Carlos Orrego Arismendi

Una y otra vez se ha asociado a Juan Rulfo con la antropología. En buena parte, esa relación la sugiere la capacidad del escritor de Jalisco para retratar la vida miserable de los campesinos indígenas desposeídos, cuya voz colectiva y doliente encuentra expresión estética en muchos pasajes de *El Llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955). También suele verse merecimiento antropológico en la labor del Rulfo fotógrafo, cuyas estampas sobre la vida cotidiana, la arquitectura y la estatuaria monumental en varios estados mexicanos —Oaxaca e Hidalgo entre ellos— han tenido tanta difusión como su obra literaria. Y, por supuesto, es obligatorio tener en cuenta la labor cumplida por Rulfo en el Instituto Nacional Indigenista (INI) de México, al que llegó en 1964 y en el que fue jefe del Departamento de Publicaciones.

Aunque parezca obvia, a propósito de su vinculación con la antropología y la alusión a la labor editorial especializada de Rulfo en el INI, es poco lo que se sabe de un trabajo que lo ocupó hasta los últimos años de su vida. Pero basta echar un vistazo general a un puñado de escritos producidos por el autor de *Pedro Páramo* por los días en que fue funcionario del instituto para hacerse a una idea de su amplio conocimiento de las fuentes antiguas de la historia mexicana; de los bríos de su reflexión etnológica e, incluso, de sus escarceos etnográficos.

En 1963, poco antes de que el arqueólogo Alfonso Caso lo invitara a hacer parte del INI, Rulfo había prologado la reedición facsimilar de las *Noticias históricas de la vida y hechos de Nuño de Guzmán* de José Fernando Ramírez. En el introito de esa obra dedicada al conquistador de Ja-

lisco logran hacerse apreciables, por un lado, el interés de Rulfo por las fuentes primarias —cita in extenso un pasaje de la carta que García del Pilar envió al Rey de España en 1529 para pedirle la merced de un escudo de armas—, y por otro su tendencia a la crítica historiográfica, toda vez que identifica ciertos documentos pergeñados por el obispo Zumárraga (dirigidos contra Nuño de Guzmán) como piedra fundacional de la imagen positiva, reverencial hasta la extravagancia, que algunos historiadores contemporáneos han construido de Hernán Cortés.

Se aprecian el mismo interés por las escrituras antiguas y la misma honestidad académica en otro escrito de 1981, “Notas sobre la literatura indígena en México”. Visiblemente interesado por evaluar la obra narrativa de varios contemporáneos suyos inspirados en la vida nativa, Rulfo cree necesario establecer, previamente, la antigüedad y autonomía de la literatura aborígen mexicana, representada en los poemas, leyendas, relaciones mitológicas e historias que sobrevivieron a las cruzadas de destrucción cultural ordenadas por la Iglesia, encabezadas por Zumárraga en el área azteca y por Landa en la maya; tradiciones escriturales materializadas en los códices, el *Popol Vuh*, el *Chilam Balam*, la *Relación de Michoacán* y diversas crónicas de autores tanto indígenas como mestizos, entre ellos Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. Sin ambages, Rulfo hace un balance positivo de ese acervo: “No podemos lamentar, pues, la falta de literatura histórica en nuestro país”.¹ Lo que realmente lamenta es la manera inapropiada como ha sido estudiado, difundido e interpretado ese legado por parte de algunos historiadores, antropólogos y escritores. Un historiador antiguo como

el dominico Gregorio García, autor de *El origen de los indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales* (1607), merece de Rulfo el calificativo de “ré-mora” por no haber dado un paso más allá de lo que, en materia de reconstrucción de la historia india y denuncia de los desafueros españoles, ya había adelantado Bartolomé de las Casas. Incluso, un antropólogo del siglo xx, Miguel León Portilla, es llamado a juicio por el escritor de Jalisco: le parece que se ha concentrado excesivamente en el tema de la poesía azteca, y que de hecho lo ha extremado hasta ver, en algunos de sus elementos discursivos, los conceptos de una “filosofía náhuatl”.²



Luis González Palma. *Lotería I* 1988-1991 (*La Luna-El Rey-La Muerte-La Máscara-La Rosa-La Dama-El Diablo-El Pájaro-La Sirena*). Fotografía mas técnica mixta. 150 x 150cm.

Para Rulfo, la gran dificultad que deben encarar quienes pretenden interpretar la escritura y, en general, las culturas aborígenes, reside en el acceso vedado a la mentalidad realmente indígena. En el artículo mencionado escribió: “a pesar de ser Jefe del Departamento de Publicaciones del Instituto Nacional Indigenista, y habiendo publicado más de 80 obras de antropología social, todavía desconozco cómo y por qué motivos actúa la mente indígena”.³ Entre otras cosas, esa convicción explicaría por qué la expresión estética del universo indígena en la literatura rulfiana, antes que corresponder a una compleja reanimación mitológica al estilo de un Miguel Ángel Asturias, se “reduce” a la ejecución de una voz comunitaria, casi fantasmal, que se emite por fuera de la focalización narrativa. Sin embargo, no debe creerse que el escritor de Jalisco fuera escéptico frente a la corriente indigenista de la narrativa mexicana que le fue contemporánea: por el contrario, supo manifestar un

juicio muy positivo de la autenticidad antropológica de las novelas y cuentos de autores como Andrés Henestrosa —indio zapoteco—, Cipriano Campos Alatorre —natural del poblado indio de Tonalá—, Eraclio Zepeda, Mauricio Magdaleno, Francisco Rojas González, Rosario Castellanos, Ramón Rubín y Miguel Ángel Menéndez.

Rulfo tuvo una consideración especial por Bernardino de Sahagún, cuyo exhaustivo trabajo de recuperación de la historia y memoria cultural aztecas —con base en sus interacciones en lengua náhuatl con los sobrevivientes de la arremetida española, en Tlatelolco— le mereció el reconocimiento de “primer antropólogo americanista”; de hecho, “El mejor de todos”.⁴ Esa seguía siendo la convicción de Rulfo en 1985, un año antes de su muerte, cuando suscribió el prólogo a un estudio de Claus Littscheid sobre la relación de Sa-

hagún con sus informantes aztecas; entonces el escritor puntualizó que el misionero franciscano había probado ser un “antropólogo innato”, y asoció ese talento a su capacidad lingüística.⁵ No sorprendería si se dijera que Rulfo vio en la *Historia general de las cosas de Nueva España* la obra más relevante escrita alguna vez sobre la vida indígena; anota en el texto de 1985 que se trata de “el más famoso y más completo relato de la vida prehispánica”.⁶

El conocimiento de las fuentes primarias de la historia mexicana llevó a Rulfo al terreno del análisis propiamente etnológico. De eso ofrece una prueba, al menos, el texto de una conferencia dictada en Colima en 1983. Allí, el escritor jalisciense confronta información lingüística —sobre todo topónimos—, arqueológica, histórica e incluso etnográfica para defender la tesis de que el reino de Colima del que hablan las crónicas habría tenido su origen en las oleadas migratorias que, provenientes de Azatlán, conformaron buena parte de los grandes estados precolombinos de Mesoamérica. Los elementos y modos de la argumentación de Rulfo siguen, en términos generales, el *modus operandi* de la reflexión etnológica de Paul Rivet, quien yuxtapuso información de diversa naturaleza disciplinar para establecer su teoría sobre el poblamiento de América. Conviene tener en cuenta que la primera versión en castellano de *Les Origines de l'homme américain*, de 1943, se publicó en México, donde Rivet fue agregado cultural de Francia entre 1944 y 1945.

No solo llama la atención esa perspectiva especializada de Rulfo sino el brío con que ataca otras interpretaciones sobre la historia regional, proclives a la idea de una Colima sometida al dominio de los tarascos o dependiente de fenómenos de difusión cultural o de migración poblacional relativamente tardíos. Para el novelista metido a etnólogo esas explicaciones son infundios, y dice sin empacho que “al mentiroso Nicolás León, y aun a Bravo Ugar-

te, habrá que ignorarlos”. Con no poca ironía se refiere a la tesis de este último a propósito de las contiendas por los yacimientos salinos al sur de Jalisco: “Bravo Ugarte nos dice que nunca existieron las guerras del salitre. Cualquiera de ustedes puede comprobar, al pasar por Teocuitatlán, Corona o Zacoalco, cómo está lleno de flechas y de hachas. Lógicamente no las pusieron ahí para adornar la laguna”.⁷ Con su conferencia, Rulfo se proponía denunciar algunos errores crasos cometidos en la enseñanza de la historia a los niños de los estados de Jalisco y Colima, por más que él mismo reconociera que, en materia de reconstrucciones del pasado, “Todo es hipotético, todo es un supuesto”, y que “nada nos acerca a la verdadera realidad”;⁸ una advertencia escéptica pero coherente con la que ya había manifestado sobre la dificultad de acceder a la mente indígena.

La imposibilidad ontológica de ver el mundo como lo ve el indígena no impidió, en todo caso, que Rulfo participara de la suprema experiencia antropológica de la etnografía. Una anécdota ilustra la importancia que el escritor concedió a esa práctica. En un breve pero demoledor texto de 1979, en el que se pronuncia sobre ciertos intelectuales de época, Rulfo acusa al antropólogo Carlos Castaneda de escribir imposturas sobre los indios yaqui de Sonora; tiene para sí que, en la ignorancia de las costumbres reales, Castaneda ha escrito “tontearías” y ha inventado prácticas nativas a propósito de las sustancias alucinógenas. Entonces, para mostrar la competencia que no ve en el antropólogo, Rulfo anexa un dato etnográfico cuyo detallismo se antoja excesivo dada la brevedad de la nota: “Por ejemplo, los huicholes durante la Semana Santa realizan una peregrinación que dura 29 días por zonas áridas. Durante el tiempo de luna recorren unos 100 kilómetros y, con la luna nueva, flechan, como si fuera un venado simbólico y también el sol, a un cacto muy pequeñito que crece a ras de tierra y es muy difícil de encontrar. Esa bizna-

ga, el peyote, tiene una pulgada de alto, y será recolectada para el ritual”.⁹

Ha quedado testimonio más formal de la actividad etnográfica de Rulfo en la breve monografía “Los chinantecos de Oaxaca”, escrita en 1962 y publicada por el INI en 1986. Se trata de un reporte escueto, por más que el escritor conociera la región ya desde los años cuarenta, cuando viajó en cumplimiento de sus itinerarios de fotógrafo. El informe, plegado al formato de la exposición académica, organiza la descripción bajo los subtítulos de “Ubicación geográfica”, “Población”, “Estado cultural”, “Organización política”, “Vida familiar”, “Artesanías”, “Medios de subsistencia”, “Creencias y prácticas religiosas” y “Problemas sociales”, todo ello dispuesto en pocas páginas. Esto hace que, por fuerza, se presenten pocos datos en cada ítem; y asimismo ocurre que esos datos se presentan como enumeraciones antes que como descripciones detalladas. Solo a propósito de las costumbres matrimoniales (pago en dinero y en especie por la novia, residencia en casa de los padres de la novia, etc.) se ofrece un cuadro relativamente detenido, y sin duda porque Rulfo ve en ello un elemento intensamente tradicional; esto escribe bajo el subtítulo “Vida familiar”: “La única supervivencia entre las costumbres primitivas de los chinantecos está relacionada con el proceso matrimonial”.¹⁰ Mientras tanto, ofrece pocos detalles de la vida religiosa de la etnia, la cual reconoce sustancialmente influida por la evangelización española; del mismo modo, cuando aborda cuestiones como la cultura material y los modos de habitar el espacio, tiende a desenfocar la mirada cuando encuentra que alguno de esos elementos está ligado a procesos de mestizaje.

Es claro que la orientación indigenista del Rulfo antropólogo lo llevó a privilegiar, en su apreciación de las culturas mexicanas, aquellos elementos que en ellas percibía como originales o auténticos, a diferencia de la perspectiva

implementada por José María Arguedas frente a la compleja realidad indígena peruana, de la que quiso entender ciertos procesos de cambio cultural (recuérdense, al respecto, sus estudios “Puquio, una cultura en proceso de cambio. La religión local”, culminado hacia 1956, y “Evolución de las comunidades indígenas”, de 1957). El autor de *Pedro Páramo* no transigió con el mestizaje, a tal punto que, en 1985, en el último artículo escrito para la agencia EFE, dijo que dicho proceso “fue una estrategia criolla para unificar lo disperso, afirmar su dominio, llenar el vacío de poder dejado por los españoles”; estrategia dirigida contra “inmensas mayorías predominantemente indígenas que, cuatro siglos después, aún sufren la derrota de 1521”.¹¹ De ahí que llegara a experimentar cierta desconfianza frente a la etiqueta de lo “mexicano”, la que, en cierto sentido, no dejaba de antojársele como una entelequia civil. Le parecía que ese rutilante proyecto nacional sofocaba la voz de los pueblos indígenas, quizá del mismo modo como el suelo de Comala ahoga a los muertos murmurantes.

Referencias

- 1 Rulfo, J. (1996). *Toda la obra*, Madrid, ALLCA/F. C. E., p. 413.
- 2 *Ibíd.*, p. 414.
- 3 *Ibídem.*
- 4 *Ibíd.*, p. 416.
- 5 *Ibíd.*, p. 440.
- 6 *Ibíd.*, p. 441.
- 7 *Ibíd.*, pp. 426, 427.
- 8 *Ibíd.*, p. 421.
- 9 *Ibíd.*, pp. 410-411.
- 10 *Ibíd.*, p. 373.
- 11 *Ibíd.*, p. 443.

Juan Carlos Orrego Arismendi es profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia. Ha publicado los libros: *Cuentos que he querido escribir*, *La isla del Gallo*, *Viaje al Perú* y *Tumba de indio*. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.